

La fortaleza asediada

Qian Zhongshu

Traducción de Taciana Fisac. Anagrama. Barcelona, 1992. 440 páginas, 3.000 pesetas



currencia temática inaugura el proceso de modernización política e intelectual del antiguo Imperio del Centro, frustrado hacia 1949 con el triunfo de la revolución comunista y la aniquilación de la libertad de creación y pensamiento, a pesar de las llamadas maoístas al «florecimiento de cien escuelas» y todo lo demás...

«La fortaleza asediada» (1947) de Qian Zhongshu constituye, por todo ello, un espléndido modelo de este hábil recurso estilístico, por el cual la alusión al «otro» representa una curiosa invocación de aquello que Gerard de Nerval denominaba como «feronés», es decir, nuestro doble oriental; en este caso de su «doble» occidental. Lo sorprendente de esta fascinante novela es percibir cómo se describe este falso juego de identidades: «Xinmei lanzó un suspiro al tiempo que pensaba que China era un país inigualable, en donde se aniquilaba sistemáticamente todo lo que provenía del exterior» (página 274).

Se ha escrito que su protagonista, el joven Fan Honjiang, es un alter ego del mussiliano «hombre sin atributos» contemporáneo y de su búsqueda incierta de las «identidades personales», pero la comparación, sin dejar de ser cierta, sólo muestra una parte de la compleja personalidad de un personaje emblemático sobre el que gira toda la acción narrativa; un personaje que si Ciryll Conolly estuviera en lo cierto cuando escribe que «la grandeza de un novelista como Tolstoi estriba en que crea personajes que, siendo auténticas creaciones, son capaces de pensar y comportarse de manera distinta a la que cabría esperar de ellos, que no responden a un tipo», reúne en su incierto comportamiento un zigzagueante «camino de perfección» barojiano en el que el pesimismo sobre la salud intelectual de su país late en cada

frase y en cada conversación interior, ampliándose, y he aquí uno de los firmes valores de esta obra narrativa, hacia la condición del ser contemporáneo, sea éste oriental u occidental, lo que recuerda, no sin cierta perplejidad, al «Gilles» de Pierre Drieu de la Rochelle. Una de las traiciones que la crítica suele perpetrar con el lector es la de desvelar, a falta de otras ideas, la trama de la novela, permítasenos por una vez ocultarla. La novela de Qian Zhongshu, escrita desde un expresionismo corrosivo en el que la ironía y un sabio escepticismo dominan el comportamiento de las situaciones, describe la incertidumbre de un joven chino recién llegado de Occidente y desbordado por una sociedad en la que costumbres ancestrales chocan de manera tan frontal como patética con todo lo que él, con más pena que gloria, ha intentado aprender de Occidente. Podría uno imaginarse que el asunto central de esta novela es el matrimonio, caro asunto, por cierto, en la tradicional sociedad china de 1937, año en el que se sitúa la acción, y que la cita a esa «fortaleza asediada» es, precisamente, dicho estado civil, pero, de nuevo, la ambiciosa, y en más de un sentido lograda, pretensión de Qian Zhongshu es construir una verosímil metáfora sobre la incomunicación y la insatisfacción, el «decàlage» contemporáneo.

Al lector español, esta valiosa novela, cuidadosamente traducida por Taciana Fisac, le despertará la inquietud de la comprensión del otro, de su contemporáneo en el otro lado, y comprenderá la complejidad y la dificultad del aquilataamiento del «alma china» a los presupuestos de las sociedades occidentales, dicen que desarrolladas y progresistas.

Fernando R. LAFUENTE



es el enfrentamiento de dos posiciones vitales que se buscan a sí mismas. La pena protege a Sergio del amor.

Se miente para simplificar la vida. Es decir más de lo que se siente, de lo que es. Marianna sólo conoce aquello de lo que huye, de lo que se oculta, sólo advierte la certeza de sus mentiras. Lidia Ravera nos ofrece unas existencias que son una alegoría de la vida como representación. La misma estructura de la novela está articulada como si fuera una pieza teatral en tres actos, en tres jornadas, respetando las tres unidades clásicas: Sergio, Marianna, Laura

Beatriz HERNANZ

Gente adulta

Lidia Ravera

Traducción de J. Daurella. Destino. Barcelona, 1992. 196 páginas

LA vida es un fin de semana de resignación y descubrimiento. Tres días, tres actos. Tragedia, drama, comedia. Tres jornadas en Roma sirven para enmarañar y desentrañar el destino y los sentimientos de los personajes que se abren y se deslizan en «Gente adulta». Lidia Ravera, escritora italiana nacida en Turín, nos ofrece en esta novela una reflexión abierta a la memoria y al olvido, a la resaca revolucionaria, porque equivocarse, parece, también tiene su parte de dignidad.

Sergio, maduro profesor universitario, va a casarse con una joven de veinte años, Laura. En este fin de semana que precede a la ceremonia, este hombre desgarrado los suburbios de su existencia, recordando a Marianna, amor constante en sus ausencias, terrorista que cambia su identidad, porque tal vez nunca ha sabido de qué lado está la razón, la coherencia, pero a la que le atrae el puro sabor del peligro, como a otros el alcohol o la música.

Pero Marianna regresa. Regresa para perder incluso el recuerdo de la antigua felicidad compartida. Pocos personajes hay tan inquietantes, tan magistral y elípticamente esbozados en la narrativa actual. Marianna, la terrorista/mártir,

está sola, y su vida está envenenada; intuye su terminación, como un animal cansado y provocador, y vuelve a su antigua guarida. Se reconoce en el protagonista de Tolstoi en «La muerte de Ivan Ilich», que ella, con inocencia depredadora, obsesivamente lee una y otra vez.

Marianna, masoquista hasta el final, automutila su libertad personal, para que una utópica vida colectiva sea posible. El suyo ha sido el camino del terrorismo, del extremo, rechazando la hipocresía consagrada, huyendo de una sociedad teatral. Pero la envuelve otro teatro, personal, de un individualismo feroz, irreprimible: el engaño, el rencor, la ironía. Lo más temible es su indiferencia hacia los demás, esa frialdad llena de apasionamiento, que recuerda a otro personaje extraño, obsesivamente lee una y otra vez, de Camus.

Como dice Borges, cuando se acerca el fin, ya no quedan imágenes del recuerdo, sólo quedan palabras, palabras que le enfrentan a Sergio, su única referencia a un pasado reconocible y circular. Pero este hombre, cuya juventud ha transcurrido en los años del énfasis, sólo tiene fantasía para la realidad. El encuentro, intuido por Sergio, de los dos antiguos amantes,